



MEMORIA NOVELADA. EL TESTIMONIO DE UN HOMOSEXUAL EN EL MADRID DE 1958 SE FUNDE CON LA CRÓNICA CINEMATOGRAFICA DE LA ÉPOCA



QUÉMALA DE NUEVO, SAM

EL CLUB DE LOS PIRÓMANOS PARA INCENDIAR CASAS DE ESCRITORES

BROCK CLARKE
 TRADUCCIÓN DE JUANJO ESTRELLA
 DUOMO. BARCELONA, 2009
 346 PÁGINAS, 19 EUROS

RODRIGO FRESÁN

«Era un placer quemar», confiesa el bombero Montag en la primera página de *Fahrenheit 451*, donde los libros arden por ser considerados materia capaz de alimentar los fuegos de ideas peligrosas.

El caso de Sam Pulsifer –«héroe» y narrador de *El club de los pirómanos...*– es diferente: habita un tiempo en el que alimentar las llamas todavía es un delito. Y de verdad: fue un accidente eso de prenderle fuego a la casa de Emily Dickinson cuando Sam tenía 18 años, matando de paso

a una pareja que estaba haciendo el amor en la cama de la poeta reclusa. Una década después, pagada su deuda con la sociedad, Sam –inocente en casi todo el sentido de la palabra pero, aún así, con personalidad un tanto combustible– intenta olvidarlo todo y que todos se olviden de él. Sam se muda a un barrio residencial llamado Camelot y se casa con una mujer a la que no le cuenta nada de lo que pasó, se convierte en padre y hace carrera

DIVERTIMIENTO SERIO QUE SE DISFRUTA CON SONRISA HELADA SIN QUE PODAMOS RESISTIRNOS A LA ABRASADORA PRIMERA PERSONA DE QUIEN AMENAZA CON PRENDERLO TODO

en algo conocido como «Ciencia del Envasado». Pero Sam pronto comprende que, donde hubo cenizas, el fuego queda. Y que resulta imposible envasar un pasado que nunca deja de humear del todo.

PRINCIPAL SOSPECHOSO. Enseguida comienzan a arder los hogares-museos de Robert Frost, Mark Twain, Edith Wharton, Nathaniel Hawthorne y Henry David Thoreau. Y, claro, Sam es el principal sospechoso. Y Sam sospecha de todos: de sus alcoholizados e intelectuales padres; de los compañeros de prisión, piratas de Wall Street empeñados en editar sus autobiografías; de aquellos más de cien remitentes de cartas anónimas rogándole que siguiera con su noble empresa y que no dejara hogar de escritor sin inflamar (porque Eugene O'Neill era un borracho, o porque los visitantes con guías en mano esta-

cionan en cualquier parte, o porque le pusieron Waldo en honor a Emerson y no soporta ese nombre); de casi cualquiera que tenga que ver con el mundo de los libros y sus hacedores.

Porque Sam –un turista accidental en su propia y novelesca existencia– desprecia los clubes de lecturas, a los fans de Harry Potter, a los profesores (Lees Ardor es uno de los muchos grandes secundarios aquí), el negocio de las *memoirs* («la Unión Soviética de la literatura que se ha devorado las más pequeñas y obsoletas naciones de la ficción y la poesía»), a los escribas de la especie New England, a los bibliotecarios, las librerías, a Jane Smiley y hasta a un tal Brock Clarke.

ENTRE EL AMOR Y EL ODI. Y, aún así, Sam es un personaje encantador. Alguien que –mal que le pese– remite tanto a los iluminados de Richard Brautigan y Salinger y Chuck Palahniuk como a los *freaks* familiares en las sagas de John Irving y Anne Tyler. Alguien que va moviéndose por las moradas *cult* de esos *thrillers* cultos y sofisticadas comedias de Robertson Davies, Jasper Fforde o David Lodge, donde la gente vive o muere por amor u odio a las letras, sin por eso privarse de la gracia de proponer una versión grotescamente «alegre» y un tanto desorbitada de las tragedias urbanas alguna vez firmadas por Russell Banks y Richard Ford y el victorioso perdedor Frederick Exley, protagonista este último del próximo

libro de Clarke. De este modo, *El club de los pirómanos...* es uno de esos raros divertimentos serios que se disfrutan con sonrisa helada sin que podamos resistirnos a la abrasadora primera persona de quien amenaza con prender todo a su paso, recordándonos que pocas cosas hay más inolvidables que un fuego fuera de control.

CARTA FICTICIA. Lanzada en su momento con una original y perturbadora campaña editorial –se envió a los suplementos culturales de los periódicos una carta ficticia, que muchos tomaron en serio, donde se anunciaba que la casa de la autora de *La edad de la inocencia* sería próximamente incinerada–, *El club de los pirómanos...*, paradójicamente o no, termina postulando al más literario de los animales y celebrando todo aquello que condena. Pero, eso sí, de una manera inesperadamente original y convenciéndonos de lo que –en principio y al principio– estaba convencido el bombero incendiario de Bradbury: no hay nada más peligroso que los libros para las personas peligrosas. De ahí que una de las primeras cosas que hacen los dictadores, siempre, sea prenderles fuego.

Por fortuna, los tiranos se apagan, los libros permanecen, y está muy bien que así sea, más allá de lo que piense el pobre Sam Pulsifer, quien, no en vano, acaba firmando la autobiográfica buena novela de su memoriosa mala vida.

Es un placer leerla. ■



EL PLACER DEL FUEGO. DIEZ AÑOS DESPUÉS DE QUE EL PROTAGONISTA INCENDIARA LA CASA DE EMILY DICKINSON, COMIENZAN A ARDER LAS DE ROBERT FROST, MARK TWAIN, EDITH WHARTON, HAWTHORNE Y THOREAU. ARRIBA, EL ESCRITORIO DEL AUTOR DE «TOM SAWYER» EN SU CASA-MUSEO DE HARTFORD, CONNECTICUT



BELÉN GOPEGUI
Deseo de ser punk
 Un relato que bebe de Salinger y reproduce algunos temas que podrían completar la banda sonora de cualquier biografía contemporánea

ISABEL FONSECA
Vínculo

Un excelente debut novelístico: «Una experiencia tan placentera que sólo pensar en esta novela ya me hace sonreír» (Fay Weldon)

